

PROLOGO

El criterio por el que se han elegido estos cinco diálogos para formar el presente tomo es el de que sean de los más socráticos entre los platónicos: esto es, que con cierta probabilidad puedan servir para revelarnos, a través de la escritura de Platón, algo de lo que puede ser la actitud ante el mundo y la viva voz de Sócrates. Al mismo efecto, desde luego, podían contribuir algunos otros de la colección: así, *Lisis*, *Laques*, *Eutidemo*, *Eutifrón*, los *Hippias*, los *Alcibiades*, el *Hiparco*, con algún otro de los que suelen tenerse por apócrifos, añadiendo incluso mucho del *Ión*, el *Menéxeno* y el primer libro de la *República*, y hasta algo de otros posteriores, como *Parménides*, *El Sofista*, *El Político*, y aun *Filebo*, *Cratilo* y *Teeteto*. Pero esperamos que los que hoy se ofrecen constituyan una buena representación de todos ellos, así por el tono del discurso como por los puntos de discusión que tocan, y que ellos puedan además, dado caso, animar al lector a rastrear las huellas de Sócrates en los otros citados, o también en los *Recuerdos* de Jenofonte, que se han publicado en esta misma «Biblioteca General Salvat».

Son, en especial, interesantes estos cinco en lo tocante a la cuestión de la educación o corrupción de los jóvenes por Sócrates, que en ellos repetidamente se plantea, para quedar cada vez más abierta y más ambigua, como seguramente corresponde a la honradez o, si se prefiere así llamarlo, inteligencia; pero dejarán siempre insatisfechos y quejosos de su inutilidad

y falta de fin y de soluciones a todos los que crean todavía que lo eficaz — Dios sabe para qué — es adquirir ideas y verdades, y no ver la mentira de las verdades que ya tenemos. A éstos la lectura del Platón propiamente platónico o la de Aristóteles o la de los otros doctrinarios posteriores les darán las ideas, que ya, por otra parte, desde antes de nacer, les tienen dadas, y les servirán para apagar su sed y engañar su miedo. Entre tanto, estos dialoguillos (sólo prólogos, en efecto, de un libro que, aunque otra cosa creyera el propio Platón, no se ha escrito nunca) ya plantean ellos mismos inevitablemente, a vueltas con el problema de la educación, las paradojas del saber y la utilidad, de la Ciencia y la Política.

La suposición de que aquí partimos, de que estos diálogos los escribiera un Platón joven, con la voz de Sócrates reciente en los oídos, y cuando no estaba lejos de ser él mismo un estudiante distinguido y apasionado, como el *Cármides* o el *Teages* que en ellos aparecen, que luego poco a poco se hubiera ido liberando de ese influjo y consolidando de más en más en sus ideas propias¹, es una suposición que apenas se funda

1. Así por ejemplo, en *Los enamorados* (que, por cierto, suelen contar los críticos entre los diálogos apócrifos, opinión que a veces pesa también sobre el *Clitofonte* y el *Teages*) reconocemos como socrática la duda sobre la «filosofía» como ciencia o conjunto de saberes, y también que esa duda se argumenta en nombre de la utilidad, y hasta la confusión entre la ciencia y la virtud, mientras sentimos apuntar la prosecución, ya platónica y positiva, de esa duda en la sugerencia de que se identifique la «filosofía» con la técnica política. En cuanto a la *Apología*, por más aparente que sea la elaboración artística de lo que pudo ser el improvisado discurso de Sócrates ante el Jurado (y la comparación con la pobre *Apología* de Jenofonte puede ser para ello ilustrativa), la propia calidad de su retórica parece tener el sello de un respeto sagrado al espíritu del que habló aquel día, estando Platón mismo entre los oyentes, según el texto indica; y es la única vez que Platón introduce en los diálogos su propio nombre. También el *Cármides* da la impresión de estar elaborado sobre una escena de gimnasio que Platón hubiera presenciado o por lo menos oído referir en su familia, más o menos influida la pintura por la historia posterior de *Cricias* y de *Cármides*. Y en el *Teages* parece haberse aprovechado también una anécdota recogida quizás de labios de *Teages* mismo para hacerla representante típica del primer encuentro de un muchacho con Sócrates y de la acogida, ni en broma ni en serio, con que éste lo admite a su conversación y trato. En fin, del desengaño de los que buscaban en Sócrates un maestro no hallaríamos mejor testimonio que el del *Clitofonte*, en que Sócrates recibe en silencio la declaración de su propia inutilidad para la virtud

más que en la observación común de que los hombres suelen pasar de una juventud apasionadamente fiel a las palabras de algún otro a una vejez cada vez más fiel a sí misma y más segura en su fe propia cuanto más cercana de la muerte. Pero bien podría ser del todo falsa en este caso, y que nada sino Platón tuviéramos en estos diálogos; y así la propia persona de Sócrates está para nosotros condenada a la incertidumbre. No es, con todo, de la verdad histórica de Sócrates de lo que aquí se trata, sino acaso de otra que no fuera histórica justamente.

Puede ser al cabo, que el principal elemento de infidelidad a la voz socrática en estos diálogos sea lo hechicero de la escritura, una de las prosas que más ágilmente han acertado a fijar en caracteres la soltura y libertad de la conversación. Esa escritura, en efecto, debe inevitablemente hacer aparecer más nítidos los oscuros tanteos, más perfecta la imperfección de los discursos, más sabio el no saber de lo que podía todo ello sonar a través de un Sócrates relativamente incierto y anterior a su propia muerte. Es, al fin, la finura y elegancia aristocrática la que aquí se aplica a estilizar una cierta vulgaridad y chocarrería que, sin duda, por necesidad social, no podía menos de tener el habla de un hijo de comadrona, no obstante que ese habla tuviera la virtud de hacer desbocarse al corazón de Alcibiades, según Platón le hace contar en el *Banquete*.

A esa infidelidad de la prosa ática, la presente traducción ha tratado, sin embargo, de ser lo más fiel posible, que seguramente no es mucho. Para reproducir el lenguaje del diálogo platónico cabían dos alternativas, ambas con resultados chocantes a cuál más (y, con todo, preferibles, a mi entender, a la de verter a Platón en el español oficial de la prosa literaria), a saber: o escribir en una imitación del castellano coloquial

y para la vida; y aunque algunos han pensado que se trata de un fragmento, destinado a proseguirse con alguna respuesta positiva, y aun era tradición publicarlo delante de la *República*, a modo de introducción, no podríamos menos de tomar como un agujero de verdad el accidente de la escritura que hubiera dejado ahí cortado el diálogo.

urbano o violentar las normas del español traduciendo en términos y sintaxis semigrecos. La presente traducción viene a ser un compromiso entre ambas alternativas, que espero que ofrezca al lector un discurso ni demasiado disonante ni demasiado consabido².

París, enero de 1972.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

2. Los números que aparecen al margen son los correspondientes a la paginación de la edición de Stephanus, por la que suelen siempre citarse los textos de Platón, añadiendo al número, para más precisión, las letras *a*, *b*, *c*, *d*, *e*; éstas no se han indicado aquí; pero al lector le será fácil, de todos modos, localizar cualquier cita: por ejemplo, *Apología 34 c* deberá buscarse por el tercer quinto del espacio que va del número 34 al 35.